Documento
Análisis

75/2026 3 de noviembre de 2026

Jaume Portell Caño

El Cuerno de África en la encrucijada global: geoestrategia, deuda y comercio



El Cuerno de África en la encrucijada global: geoestrategia, deuda y comercio

Este análisis forma parte del Cuaderno de estrategia:
Cuerno de África, el nuevo centro del mundo africano. *Editado en junio de 2026*

Resumen:

Este análisis examina la compleja dinámica geopolítica y económica del Cuerno de África, una región de importancia estratégica crítica. El texto explora cómo las potencias globales y regionales compiten por influencia en un área marcada por la fragilidad estatal y los conflictos. El estudio menciona el caso de Etiopía, cuyo modelo de crecimiento impulsado por infraestructuras y deuda externa se vio truncado por una confluencia de *shocks*: la guerra interna en Tigré, la pandemia de COVID-19 y la crisis inflacionaria global, que condujeron al país al impago de su deuda soberana en 2023. Se analiza el papel ambivalente de China como principal acreedor bilateral y proveedor de infraestructuras, así como la dependencia regional de las exportaciones de materias primas no procesadas (café, oro) y de la financiación del FMI para resolver crisis de liquidez. Finalmente, se destacan la paradoja de que las remesas enviadas por la diáspora, generada por la falta de oportunidades locales, se han convertido en un flujo de divisas más estable que las exportaciones, y las potenciales oportunidades que esto genera para los países de la región.

Palabras clave:

Diáspora, Financiación, Cuerno de África, Comercio, Geopolítica.

NOTA:** Las ideas contenidas en los ***Documentos de Análisis son responsabilidad de sus autores, sin que reflejen necesariamente el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

The Horn of Africa at the global crossroads: geostrategy, debt and trade

Abstract:

This analysis examines the complex geopolitical and economic dynamics of the Horn of Africa, a region of critical strategic importance. The text explores how global and regional powers compete for influence in an area marked by state fragility and conflict. The study mentions the case of Ethiopia, whose infrastructure-led growth model and foreign debt were cut short by a confluence of shocks: the internal war in Tigray, the COVID-19 pandemic, and the global inflation crisis, which led the country to default on its sovereign debt in 2023. It analyses China's ambivalent role as a major bilateral creditor and infrastructure provider, as well as the regional dependence on exports of unprocessed commodities (coffee, gold) and IMF financing to resolve liquidity crises. Finally, the paradox is that remittances sent by diasporas, generated by the lack of local opportunities, have become a more stable flow of foreign exchange than exports, and the potential opportunities this generates for countries in the region.

Keywords:

Diaspora, Finance, Horn of Africa, Trade, Geopolitics.

Cómo citar este documento:

PORTELL CAÑO, Jaume. *El Cuerno de África en la encrucijada global: geoestrategia, deuda y comercio*. Documento de Análisis IEEE 75/2026.

Introducción

El 2025 parecía listo para el cierre, en un año de convulsiones geopolíticas que implicaron una guerra comercial entre China y Estados Unidos que salpicó el mundo entero. A pocos días para el final del año, sin embargo, una última sorpresa estaba a punto de aparecer: un territorio independiente *de facto* desde hace más de treinta años, hijo del fin de la Guerra Fría y de la destrucción del estado somalí, estaba a punto de reaparecer en los titulares de algunos periódicos y redes sociales. El 26 de diciembre de 2025 Israel reconoció a Somalilandia, un territorio de África oriental, como un Estado.

El movimiento no fue seguido por ningún otro país y contó con la condena explícita de China. El gigante asiático apoyó la unidad territorial de Somalia y destacó que ningún país debería «incitar o apoyar a fuerzas separatistas». Un artículo publicado en la prensa asiática destacó que el presidente de Estados Unidos, Donald Trump, respondió negativamente a la posibilidad de reconocer a Somalilandia, pero declaró que estudiaría el tema (Nyabiage, 2025). Esto es un síntoma de la importancia que el Cuerno de África tiene para el futuro del mundo.

El reconocimiento israelí de la independencia de Somalilandia sacudió a los vecinos de la región, empezando por Yibuti y Somalia —el país que perdería el territorio si Somalilandia fuera independiente—, y seguramente se vivió de otra manera en Etiopía. Este país, que no cuenta con salida al mar, ya intentó reconocer la independencia de Somalilandia a principios de 2024 (Tadesse y Ahmed, 2024): Etiopía conseguía acceso al puerto de Somalilandia —y, de esta manera, al mar— durante un periodo de cincuenta años. Somalilandia obtenía, además del reconocimiento, una parte en el accionariado de Ethiopian Airlines, una de las aerolíneas más reconocidas y exitosas del continente africano. Ante la indignación de los somalíes, Adís Abeba dio marcha atrás. China protesta, ya que lleva años invirtiendo en la región, tiene una base militar en Yibuti y prioriza la estabilidad territorial y política de sus aliados; además, uno de los grandes aliados de Somalilandia es Taiwán. Dicho de otra forma: el conflicto China-Taiwán también se juega en este rincón de África.

Israel busca conseguir un nuevo aliado que se una a los acuerdos de Abraham, que estaban acercando a Israel a los países árabes o de mayoría musulmana, antes de que el ataque de Hamás del 7 de octubre de 2023 congelara ese acercamiento de forma

indefinida. Emiratos Árabes Unidos lleva años invirtiendo en el puerto de Berbera, donde la empresa emiratí DP World tiene una concesión de treinta años que empezó en 2016, con una inversión que superará los cuatrocientos millones de dólares. En octubre de 2025, el Gobierno de Dubái (2025) anunció una conexión marítima entre un puerto emiratí y Berbera. El puerto de Somalilandia es uno de los más eficientes de África, según un informe del Banco Mundial (World Bank Group, 2024), pero no funciona a pleno rendimiento. El territorio, cuyo PIB depende sobre todo de las remesas —un tercio del total—, se ve lastrado por la falta de reconocimiento internacional, que le impide el acceso a los mercados financieros y al crédito. Esto ha servido para organizarse de forma autónoma, pero quedándose siempre a medio camino. Una metáfora lo ejemplifica: un empresario local, Ahmed Osman Guelleh, puso en marcha en 2012 una planta embotelladora de Coca-Cola, pero esta solo funciona al 50 % de su capacidad. «Hemos hecho nuestra mitad, la otra mitad vendrá cuando tengamos reconocimiento», declaró al *Financial Times* el presidente de Somalilandia, Abdirahman Mohammed Abdullahi, a mediados de marzo de este año. El artículo del periódico económico británico explica que, excepto el agua, todos los insumos de la planta son importados (Wallis, 2026).

La importancia del Cuerno de África se puso encima de la mesa de forma indirecta a partir de finales de febrero, cuando Israel y Estados Unidos atacaron conjuntamente Irán. Bajo diferentes pretextos —la necesidad de cambiar un régimen corrupto e impopular, la defensa ante un posible ataque—, ambos países bombardearon el país persa y asesinaron al ayatolá Khamenei, líder supremo de Irán, el 28 de febrero de 2026. Irán respondió atacando varios de sus vecinos —que albergan bases militares estadounidenses— y bloqueando el estrecho de Ormuz, por donde pasan el 30 % de las exportaciones mundiales de petróleo. El cierre de esta arteria comercial global disparó, en pocos días, el precio del petróleo desde los 70 dólares hasta los 100 dólares y el precio de los fertilizantes —el 30 % también pasa por el estrecho— también aumentó considerablemente. La urea, uno de los tipos de fertilizante más utilizados, suministra nitrógeno a la tierra para aumentar la productividad de las cosechas. Su precio, en diciembre de 2025, rondaba los 345 dólares por tonelada; a finales de marzo, su precio prácticamente se había doblado hasta los 684 dólares por tonelada. Aumentos de este tipo trasladarían la inflación al precio de la comida, ya fuera producida en los países del Cuerno de África o importada desde otros lugares del mundo.

Donald Trump, el presidente de Estados Unidos, anunció que los barcos que transporten petróleo serían escoltados con el apoyo de su Gobierno. Varios países ricos anunciaron la inyección de cuatrocientos millones de barriles de petróleo de reserva. Los precios siguieron subiendo y el nuevo ayatolá Mojtaba Khamenei —hijo del anterior líder supremo— anunció que el estrecho de Ormuz seguiría cerrado. El estrecho de Bab el-Mandeb, el punto por donde entran los barcos que se dirigen al canal de Suez, se convirtió en otro foco potencial de problemas. Si alguien lo cerraba u obstaculizaba la circulación, la conexión de Asia con Europa solo podría realizarse a través de un largo viaje pasando por Sudáfrica. El acercamiento de Somalilandia a Israel era el último episodio de una historia con cada vez más recorrido, la de cómo los países del Cuerno de África han utilizado su posición geoestratégica para conseguir inversiones y préstamos de sus socios en Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos o Qatar. El cerco a Irán convertía ese acercamiento, de repente, en un riesgo: Yibuti alberga una base estadounidense; Somalilandia es muy cercana a Israel y Emiratos Árabes Unidos, país atacado constantemente por Teherán desde finales de febrero. La oportunidad histórica, en un clima caldeado, se ha convertido en una fuente potencial de problemas.

En el momento de escribir este artículo, en Etiopía ya empieza a haber escasez de gasolina; el 76 % del suministro procede de Emiratos Árabes Unidos, Omán y Kuwait. En Somalia, este es el peor momento para una crisis energética con un impacto en el precio de la comida: setenta ONG alertaron el 10 de marzo del riesgo inminente para la población del país:

> «La evaluación más reciente de la Clasificación Integrada de la Seguridad Alimentaria (IPC) indica que se prevé que alrededor de 6,5 millones de personas en Somalia sufran una grave inseguridad alimentaria aguda entre febrero y marzo, casi el doble de la cifra registrada en niveles de crisis en agosto de 2025» (News Desk, 2026).

Así explicaba una noticia en *Geeska*, un medio especializado en el Cuerno de África. En declaraciones a *Bloomberg*, dos funcionarios de Somalilandia, la región reconocida por Israel, comentaron que el territorio permitirá a Israel recabar información y llevar a cabo operaciones contra los hutíes de Yemen, otro de los grupos apoyados por Irán (Marks, 2026). El primer ministro de Etiopía, Abiy Ahmed; el presidente de Somalia, Hassan

Sheikh Mohamud, y el presidente de Yibuti, Ismail Omar Guelleh, se reunieron en Yibuti el 12 de marzo para comentar qué efectos puede tener el conflicto en Oriente Medio en la región (Nigussie, 2026).

Todas las grandes potencias, tanto las de primer rango como las emergentes, tienen algo que decir en el Cuerno de África y este artículo intentará poner encima de la mesa el estado económico de algunos de los países de la región. Conceptos que van desde la deuda hasta el acceso al agua, pasando por la agricultura, las infraestructuras o la industrialización, marcarán el futuro de la región en su relación con el resto del mundo. Las potencias exteriores suelen fijarse en esta zona y en África oriental para resolver algunos de sus propios problemas —generalmente los conflictos civiles, la presencia de grupos armados y el efecto que estos puedan tener en el comercio marítimo internacional—, pero ninguna solución podrá ser duradera si no tiene la capacidad de incidir positivamente en las estructuras económicas de los países implicados.

¿Por qué es importante el Cuerno de África para el resto del mundo?

Cuando el líder egipcio Gamal Abdel Nasser decidió nacionalizar el canal de Suez, seguramente no sospechaba que ese movimiento, más allá de la política egipcia, anunció que el mundo ya había cambiado para siempre. El control del canal de Suez y la compañía que se ocupaba de su gestión había sido el símbolo de la claudicación del Estado egipcio ante los británicos a finales del siglo XIX: endeudado y sin suficiente algodón para pagar las deudas, decidió vender sus activos por partes al Reino Unido, que acabó controlando el país poco después. Los franceses, que habían contribuido a la construcción del canal, eran accionistas desde el principio y lo siguieron siendo durante el periodo de control británico sobre Egipto.

El 26 de julio de 1956, con Egipto siendo un Estado independiente, el militar Nasser anunció que Egipto quería recuperar el control del canal, pasando por encima de los accionistas británicos y franceses. París y Londres intentaron una maniobra militar para derrocar a Nasser y reinstaurar sus derechos de propiedad, pero Washington lo impidió, temiendo que Nasser se acabara alineando con los soviéticos. Una nueva potencia mandaba en el mundo, Estados Unidos, por encima de los antiguos imperios coloniales que, tras ese episodio, perdieron la mayoría de sus posesiones en el continente poco

después. Nasser, tras esta victoria, se convirtió en el líder más reconocido del mundo árabe de su generación. Para Reino Unido y Francia, el canal de Suez tenía una importancia no solamente simbólica, sino económica: era el punto por el que circulaba el petróleo desde Oriente Medio hasta Europa. Un bloqueo de esa circulación implicaba un aumento de los precios de la energía, un mayor gasto en dólares —con los que pagaban las importaciones petroleras— y una mayor inflación.

Este episodio, que simbolizó la claudicación de la Europa postcolonial ante un nuevo liderazgo global, resuena con fuerza en 2026, cuando los Estados Unidos manifiestan su fuerza militar en el mundo y Europa sigue sin encontrar su voz para intentar contrarrestar el avance unilateral de Washington. Casi setenta años después, el canal de Suez y el mar Rojo siguen teniendo una importancia capital para el comercio global, tal y como explicaba un especial de *Bloomberg* en 2024 (Nightingale, 2024): por el estrecho de Bab el-Mandeb, el punto de entrada de los barcos que se dirigen al canal de Suez, circularon más de 2 billones de dólares en mercancías en 2023. Uno de cada cinco coches, uno de cada cinco contenedores y el 15 % de los productos petrolíferos circularon por este estrecho. En total, el 8,7 % de las mercancías —en valor— que circulan por el mar pasan en algún momento por Bab el-Mandeb. Solamente el estrecho de Ormuz (11,1 %) y el estrecho de Malaca (23,7 %) tienen un peso superior.

En el mismo especial, *Bloomberg* citaba que los ataques de los hutíes desde Yemen habían encarecido el comercio marítimo global al obligar a los barcos a dar la vuelta por el cabo de Buena Esperanza. También mencionaba una nota informativa de Maersk, la segunda naviera más importante del mundo, donde informaba a sus clientes de que sus buques estaban consumiendo «un 40 % más» de combustible por travesía y que los precios del flete eran «tres veces más altos de lo normal». La crisis poscovid, cuando el flete marítimo se multiplicó por cinco, trasladó la inflación a Occidente, que la intentó controlar haciendo subidas de tipos de interés en el Banco Central Europeo y la Reserva Federal. Esta subida, a su vez, dificultó la situación financiera de los países africanos más endeudados. Este ejemplo basta para ver los caminos de ida y vuelta de las crisis del transporte marítimo: una subida de precios del flete se traduce, a través de los tipos de interés de los países ricos, en crisis de deuda en los países africanos que no pueden refinanciar sus préstamos.

La interconexión de las economías globales hace que la fragilidad se transmita con la misma facilidad con la que circulan las mercancías. Es por ese motivo que el control de la zona de Bab el-Mandeb y el vecindario de África oriental son cruciales para la seguridad —energética, económica, política— de la economía global. Por ese motivo, Yibuti, un pequeño país con poco más de un millón de habitantes, tiene hasta cinco bases de cinco países distintos: China, Japón, Estados Unidos, Francia e Italia. El Cuerno de África es el punto en el que coinciden los flujos comerciales que unen Asia con Europa a través de África. Esto ha dejado un poso económico en una región que, en las últimas décadas, ha mostrado indicios de querer tener un rol más activo: dejar de ser un espacio de tránsito para convertirse en un generador de mercancías que puedan circular por estas arterias comerciales.

En 2024, y tras el alejamiento con Rusia tras la invasión de Ucrania, la Unión Europea se vio forzada a encontrar otros suministradores de petróleo crudo y de gas. La factura conjunta para importar petróleo crudo y gas natural licuado superó los 300 000 millones de dólares anuales ese mismo año. Las importaciones procedentes de países de Oriente Medio como Arabia Saudí, Iraq, Emiratos Árabes Unidos y Qatar hacen que la seguridad en el mar Rojo sea primordial para la estabilidad de las industrias europeas. Aunque Estados Unidos se haya convertido en un socio primordial en el campo energético, la necesidad de diversificar los socios en un escenario global cambiante obliga a mirar con atención a Oriente Medio. Por eso, la lección de Nasser sigue siendo un fantasma recurrente que vuelve cada vez que hay inestabilidad en el mar Rojo. Por consiguiente, el Cuerno de África se convierte, por su situación, en un punto clave para Occidente, pero especialmente para Europa.

COVID-19: el infarto global que golpeó al Cuerno de África

Si la fragilidad se transmite con la misma facilidad con la que circulan las mercancías, la principal lección en ese sentido la tuvimos durante la pandemia del COVID-19. La circulación de un coronavirus a finales de 2019 en Wuhan, una ciudad de China, pasó de ser una anécdota ignorada durante semanas a ser el director de las vidas de centenares de millones de personas durante meses.

Los Gobiernos occidentales, independientemente de su color político, combinaron políticas entre alguna o varias de estas opciones: el cierre total, el cierre parcial, ayudas del Gobierno a los negocios y subsidios a los trabajadores para compensar parte de sus salarios. En el Cuerno de África, con infraestructuras sanitarias muy precarias y sin salarios fijos para la mayoría de la población, las economías no pudieron usar las mismas medidas y tuvieron que hacer frente al *shock* de la pandemia pidiendo préstamos a las organizaciones internacionales.

Un triple *shock* afectó al continente africano en general a partir de la pandemia. Una recesión en los países consumidores de materias primas, generalmente, induce menos ventas o menores precios para los vendedores de estas materias primas. Al tener situaciones económicas más frágiles, los capitales tienen tendencia a abandonar los países africanos, justamente cuando más los necesitan. Esta situación se dio en los años ochenta y se dio de nuevo a partir de 2020. Hasta cierto punto, la crisis del COVID-19 dejó al descubierto las fragilidades que se habían ido acumulando durante la década anterior en el continente africano.

El tercer *shock* —y el definitivo— llegaría con la inflación pospandemia y la invasión rusa de Ucrania a principios de 2022. El aumento de precio de los fletes, en parte, fue la consecuencia del cambio económico inusual debido al confinamiento: en primera instancia, algunas fábricas pararon esperando una recesión y un periodo de menor demanda. Luego, con la reapertura de la economía tras la vacunación masiva, todas las fábricas demandaron productos a los mismos proveedores, muchos de ellos en Asia. La demanda explotó y el precio del transporte marítimo se disparó. Hubo escasez de suministros y un transporte más caro, un hecho que obligó a las fábricas a traspasar esos costes a los consumidores. Sin haber salido todavía de ese golpe, llegó la invasión rusa de Ucrania: dos grandes productores de cereales, y Moscú como uno de los grandes productores de petróleo y de gas del mundo. Los mercados financieros estimaron nuevos cuellos de botella y escasez en los mercados energéticos y alimentarios: el trigo y la gasolina se dispararon de precio las semanas posteriores a la invasión rusa.

En pocos lugares este triple *shock* golpeó de manera tan significativa como en África. Pese a que en el Cuerno de África no se dispararon los golpes de Estado como en otras regiones del continente, la inestabilidad exterior favoreció el renacimiento de viejas rencillas territoriales y puso a prueba los presupuestos nacionales que, con el paso del

tiempo, deberían empezar a racionar los pagos entre medicinas, comida y servicio de la deuda. La inestabilidad global también empezó a estimular el precio de una materia prima que empezaría a destacar por encima de las demás como valor refugio: el oro.

Etiopía: ¿el fin de la «gran carrera»?

Hace apenas una década, Etiopía era considerada «un milagro del crecimiento». Entonces, un blog del Banco Mundial destacaba que el país había crecido a dobles dígitos entre 2004 y 2014, con un índice anual que de media superaba el 10 %. «Y lo que es más sorprendente es que, si Etiopía mantiene su ritmo actual de crecimiento, se convertirá en un país de ingresos medios en 2025», añadía el autor del artículo, Lars Christian Moller (2015). La alta inversión pública en infraestructuras, liderada por un Gobierno austero y con un plan coherente, era considerada como la palanca principal del crecimiento.

Moller destacaba, además, que Etiopía crecía sin ser una economía rica en petróleo. De esta manera, a diferencia de otros países del continente, su crecimiento no estaba basado exclusivamente en el aumento de precios o el aumento de producción petrolera. Con todo, el autor advertía de la necesidad de conseguir una financiación asequible que acompañara ese crecimiento: «El gobierno no podrá continuar endeudándose al ritmo actual durante mucho más tiempo, especialmente si tenemos en cuenta que las exportaciones no están yendo bien» (Moller, 2015).

Este modelo de desarrollo intentaba situar a Etiopía en cadenas de valor globales como las de la industria textil. El principal objetivo era aprovechar su mano de obra barata para atraer industrias intensivas en trabajo y, eventualmente, conseguir transformar algunas de las materias primas que posee el país de cara a la exportación. A partir de 2014 se aceleró la creación de parques industriales, que pretendían atraer al sector privado extranjero para conseguir crear empleos y favorecer la transferencia tecnológica. Los parques industriales —actualmente trece— eran la punta de lanza de esa estrategia, con instalaciones repartidas en poblaciones como Hawassa, Mekelle o Bahir Dar, entre otras poblaciones.

H&M, Decathlon, Inditex o Primark son algunas de las marcas que empezaron a trabajar con proveedores etíopes. Al formar parte del AGOA, una iniciativa comercial de Estados

Unidos que permitía la entrada libre de impuestos de productos africanos, Etiopía estaba encaminada a destinar buena parte de esa producción al mercado estadounidense. Entre 2014 y 2019, las exportaciones de ropa se multiplicaron por diecinueve: pasaron de los 12 millones de dólares anuales en exportaciones a los 227 millones de dólares anuales.

Para hacer posible ese crecimiento industrial, Etiopía puso en marcha el proyecto que debía transformar definitivamente la economía nacional: una presa hidroeléctrica con un nombre a la altura de su ambición. La Gran Presa del Renacimiento Etíope fue financiada fundamentalmente con los ahorros de los etíopes del país y de la diáspora. Con un coste total de unos 5000 millones de dólares, se ideó a finales de la década de 2000, en pleno apogeo de los planes industriales etíopes, y se construyó entre 2011 y 2023. Al aprovechar el agua del Nilo, Etiopía buscaba abastecer a sus ciudadanos y a la industria naciente. Al contar con excedentes de electricidad, Etiopía podría venderla a sus vecinos, que, de esta manera, también se beneficiarían del proyecto.

El uso del agua del Nilo, sin embargo, ponía a Etiopía en el punto de mira de Egipto, que necesita esta agua para su producción agrícola con la que produce la mitad del trigo del país. Cuando Etiopía puso en marcha la construcción de la presa, Egipto estaba inmerso en la Primavera Árabe. El propio presidente egipcio, Abdel Fattah al Sisi, apuntó, años más tarde, que, si Egipto no hubiera tenido esos problemas internos entonces, nunca habría permitido la puesta en marcha de las obras (Morsy, 2019). A medida que se iba edificando la presa, que prometía ser el catalizador definitivo de la economía etíope, las exportaciones seguían aumentando: entre 2011 y 2019 aumentaron desde los 2290 millones de dólares hasta los 3430 millones. En ese crecimiento al alza había tres señales de alerta: la mayoría de las ventas seguían siendo de productos agrícolas sin procesar —liderados por el café— y las importaciones seguían superando por cinco a los ingresos. Los préstamos del Banco Mundial, de China y de los tenedores de bonos habían hecho posible llegar hasta 2019 con una economía en crecimiento y con nuevas infraestructuras, pero una pregunta asomaba el horizonte: ¿qué pasaría si la financiación dejaba de llegar o lo hacía a tipos de interés más elevados? Las respuestas empezaron a llegar gracias a las turbulencias globales.

La frágil construcción nacional etíope quedo expuesta durante el año del COVID-19. En noviembre de 2020, el Gobierno etíope y la guerrilla del Tigré iniciaron un conflicto que

duró dos años. Tras más de 100 000 muertos y 2,75 millones de desplazados internos, las hostilidades cesaron, dejando unos costes de reconstrucción que rondan los 20 000 millones de dólares. La guerra también implicó la suspensión del acuerdo AGOA con Estados Unidos: como castigo por las atrocidades cometidas durante el conflicto, Washington dejó de aplicar el trato favorable a las mercancías etíopes desde enero de 2022. Meses después, el Gobierno de Adís Abeba llegó a la paz con la guerrilla, pero por el camino perdió unos ingresos por exportación que nunca llegaron a recuperarse, ni siquiera después de la paz firmada en noviembre de 2022. En 2024, las exportaciones de ropa fueron de 165 millones de dólares, un 40 % menos que en 2021.

El primer ministro etíope, Abiy Ahmed, que llegó al poder firmando la paz con Eritrea y al mando de una economía prometedora, acabó dirigiendo el país durante una guerra interna a medida que se iba degradando la situación económica del país. La inflación alimentaria provocada por la guerra de Ucrania durante 2022 puso al límite las reservas de dólares del Estado etíope, que acabó haciendo suspensión de pagos de un eurobono de 1000 millones de dólares en diciembre de 2023. Era el final de un camino que acabó con un préstamo del FMI el verano siguiente y una devaluación de la moneda local, el birr, que pasó de los 58 birr/dólar a mediados de julio a superar los 100 birr/dólar pocas semanas después. Desde 2023, el Estado etíope se encuentra en negociaciones con sus acreedores. En verano de 2025, llegó a un acuerdo con los países acreedores y, a inicios de enero de 2026, llegó a un principio de acuerdo con los tenedores de bonos.

Etiopía hizo *default* cuando, en diciembre de 2023, dejó de pagar los intereses del único bono del país en el mercado internacional: un préstamo de 1000 millones de dólares que pidió en 2014 a un tipo de interés del 6,625 %. El dinero se había usado para pagar infraestructuras de transporte y energía, parques industriales y dinamizar la industria azucarera. El esquema de pago era de tipo *bullet*: se pagaban durante diez años los intereses y al final de los diez años se devolvía el capital inicial de 1000 millones de dólares. Al no pagar uno de los vencimientos de intereses, Etiopía señalaba al mercado internacional su incapacidad para pagar. Desde entonces, el país de África oriental se acogió al marco común para el tratamiento de la deuda del G20.

Este mecanismo, creado en 2020, estipula que, cuando un país impaga su deuda, debe proporcionar el mismo trato a todos sus acreedores o llegar a acuerdos que cuenten con el respaldo de la mayoría. Este acuerdo se hace, precisamente, para evitar rencillas entre

estos los acreedores si, por ejemplo, Etiopía dejara de pagar a los tenedores de bonos —un acreedor privado— y usara el dinero ahorrado para seguir pagando todos sus créditos a China, un acreedor bilateral. Un acreedor multilateral, en este caso el Fondo Monetario Internacional, ha sido clave para reordenar un proceso que podía llevar al estancamiento del país. Sin liquidez en dólares y con problemas para financiarse —¿quién quiere prestar a alguien que tiene deudas pendientes y acaba de anunciar que no pagará una parte de estas?—, Etiopía firmó un crédito de 3400 millones de dólares con el FMI el verano de 2024.

Las duras medidas de austeridad, unidas a la devaluación de la moneda, buscan ganarse de nuevo la confianza de los inversores para relanzar el crecimiento de la economía etíope y conseguir nuevos préstamos bilaterales y privados. El programa con el FMI empezó a finales de julio de 2024 y durará hasta 2028. Ese mismo verano, el país consiguió una reducción de los pagos de deuda de los acreedores bilaterales de unos 3500 millones de dólares, tal y como anunció el Gobierno etíope a través de la web del Ministerio de Finanzas (2025).

El acuerdo con los tenedores de bonos, anunciado a principios de enero en la prensa económica, gira en buena parte alrededor de dos conceptos: el café y el oro. Una de las quejas recurrentes de los inversores privados, desde el *default* etíope, era que el país realmente sí que contaba con los fondos suficientes para seguir pagando su deuda. Los términos del bono estipulaban dos pagos de 33 millones de dólares al año, que se pagaban de forma semestral. El impago de diciembre, el preámbulo del impago de los 1000 millones de dólares del año siguiente, se hizo justamente cuando el precio del oro y del café empezaban a dispararse en los mercados internacionales.

El aumento del oro, una tendencia que sigue vigente a inicios de 2026, es una de las consecuencias de la inestabilidad geopolítica. A medida que la incertidumbre se instala en la economía global, Estados, fondos de inversión y particulares compran oro como valor refugio. Cuando Etiopía impagó su eurobono, el precio del oro en el mercado internacional era de 2000 dólares la onza. En enero de 2026, el precio se había doblado hasta superar los 4500 dólares por onza.

Por otro lado, el café, la gran exportación de Etiopía históricamente, ha seguido un rumbo similar. Los estragos del cambio climático y las sequías en otros países productores,

unidos a la demanda de los mercados tradicionales —Europa y Estados Unidos— y la consolidación de nuevas fuentes de demanda —China— han provocado un aumento del precio del café, tanto en su variante robusta —la que se usa para hacer cápsulas— como en la arábica, de mayor calidad, la predominante en Etiopía. En este último caso, el café llegó a superar los 9 dólares el kilo en febrero de 2025, prácticamente doblando el precio que tenía cuando Etiopía hizo *default* en diciembre de 2023.

Aludiendo a estos dos casos, los inversores privados consideraron que Etiopía tenía los medios suficientes para hacer frente a sus obligaciones. El acuerdo con ellos, firmado a principios de 2026, ofrece una respuesta a sus preocupaciones y, a la vez, es un marco potencialmente útil para reestructuraciones de deuda en otros países del continente. Por un lado, Etiopía ha obtenido una quita del 15 % respecto al capital inicial. En lugar de devolver los 1000 millones de dólares que obtuvo en 2014, pagará 850 millones de dólares y, en lugar de un interés del 6,6 %, pagará un interés del 6,125 %. Los pagos se prorrogarán hasta 2029, pero, en lugar de esperar hasta entonces para pagar el capital, Etiopía pagará 350 millones de dólares el próximo mes de julio y, dos años después, pagará otros 350 millones de dólares.

El acuerdo estipula la posibilidad —hasta 2037— de los inversores de ganar hasta 180 millones de dólares extra si el valor de las exportaciones etíopes sigue aumentando y supera las expectativas. Finalmente, estos podrían perder 100 millones de dólares del último pago del capital en 2029 si las exportaciones etíopes están por debajo de un umbral determinado por el FMI. Este acuerdo obliga a los prestamistas a hacerse cargo de la situación de las exportaciones del país en cuestión: en lugar de cobrar sea cual sea el momento del deudor, este tipo de pactos favorece que acreedores y deudores compartan incentivos. Si el café y el oro suben y la economía etíope crece, los prestamistas cobrarán más; si las condiciones empeoran, los prestamistas cobrarán menos.

De momento, el aumento de los precios del oro y el café ya ha abierto una ventana de oportunidad para la economía etíope. La subida de los ingresos por exportación ha contribuido a aumentar las reservas internacionales de dólares, cruciales para mantener el ritmo de importaciones y mantener la estabilidad de la moneda. Tal y como indicaba el informe del FMI sobre el país, publicado el 15 de julio de 2025, apenas un año después del inicio del programa:

> «Se han dado los primeros pasos en una importante iniciativa de movilización de ingresos y se han logrado avances significativos en la reestructuración de la deuda y el restablecimiento de su sostenibilidad. Los indicadores macroeconómicos han tenido un desempeño mejor de lo esperado, con resultados sustancialmente mejores de lo previsto en materia de inflación, exportaciones de bienes, reservas internacionales e indicadores de alta frecuencia, lo que sugiere un fuerte crecimiento para este año».

El mismo informe, sin embargo, apunta a algunos factores de riesgo que siguen presentes, aun en esta ventana de oportunidad para la economía etíope. Aunque el crecimiento para 2026 del FMI ronde el 7 % anual, las exportaciones siguen sin estar diversificadas y se concentran excesivamente en bienes agrícolas con bajo valor añadido y el oro. El primer grupo de productos es susceptible a cualquier tipo de *shock* provocado por un desastre natural, una sequía o un movimiento de precios a la baja. En el caso del café, si se sigue el histórico de precios de este producto (gráfico 1), se puede observar que los precios altos nunca duran demasiado. Al ser un cultivo agrícola sin grandes barreras de entrada, los precios altos estimulan que millones de campesinos en todo el mundo decidan producir café para aprovechar los precios altos. Si la demanda se mantiene estable y la oferta aumenta considerablemente, esto presiona los precios de nuevo a la baja.



En el caso del oro, la inestabilidad geopolítica y la guerra comercial en marcha apuntan a una continuidad de los precios altos a corto plazo. Sin embargo, el FMI añade que, en este caso, el aumento repentino de las exportaciones se ha dado por «una producción más elevada de los mineros artesanales» y una «reducción de inventario». Al no poder contar con ese inventario de forma permanente, este punto remarca el riesgo de contar con el oro como una de las principales fuentes de ingresos: cualquier reducción del volumen pondrá a prueba la solidez de la economía etíope. La combinación de la pandemia, la suspensión del acuerdo de exportaciones con Estados Unidos y la escasez de divisa fuerte han debilitado al sector manufacturero, precisamente el que el Gobierno pretendía estimular antes de la crisis que le obligó a pedir prestado al FMI. Este ha pasado de representar el 13,5 % de las exportaciones del ciclo 2018-2019 a pesar solamente el 4 % de las ventas en los primeros nueve meses del ciclo 2024-2025.

El vigor exportador del oro y el café ha impulsado, a corto plazo, empezar a lograr uno de los objetivos del Gobierno etíope: aumentar las reservas en dólares. Antes del rescate del FMI, en 2023, estas apenas superaban los 1000 millones de dólares. Eran el equivalente a poco más de 0,6 meses de importaciones. En 2025, estas se acercaban a los 3800 millones de dólares, el equivalente a 1,7 meses de importaciones. El umbral de seguridad del FMI ronda los 3 meses y en este programa de ajuste el objetivo es llegar a los 3,5 meses. La barrera de seguridad de las reservas sirve para reforzar el objetivo primordial, señalado como el talón de Aquiles de la economía etíope desde hace más de una década: cómo conseguir la financiación para llevar a cabo un salto económico que haga posible el desarrollo en el país.

La ayuda internacional, en caída libre después de la suspensión de USAID, constituirá un reto añadido para la economía etíope, aunque la ayuda oficial al desarrollo (AOD) ha ido perdiendo peso en el país a medida que crecía la economía. Si en 2011 la AOD constituía el 12 % del PIB, en 2023 apenas significaba el 4 %. La mayoría de la AOD existente se dedica a la asistencia humanitaria, destinada a paliar las consecuencias de los conflictos y los *shocks* climáticos: a los 4,4 millones de desplazados internos hay que sumar el millón de desplazados de los conflictos en Sudán y Sudán del Sur. Este último dato es el gran reto pendiente del modelo desarrollista etíope: 21,4 millones de personas —una quinta parte de la población— necesitó ayuda humanitaria para satisfacer sus necesidades básicas en 2024.

Etiopía presenta problemas parecidos a la mayoría de países que ha intentado un proceso de industrialización. Los procesos que implican hacer ropa o procesar materias primas requieren una inversión en maquinaria que se compra en el extranjero. Esto hace que, a corto plazo, la balanza comercial sea negativa, que se gaste más de lo que se ingresa. Este agujero se suele tapar con préstamos —en dólares— desde el exterior o aumentando los ingresos del Gobierno, tasando a la población local. Si los resultados no llegan a tiempo y no se da el salto de productividad perseguido, los dólares se agotan y el país se ve obligado a pedir un rescate a una institución multilateral como el FMI, el prestamista de última instancia en estos casos.

Para Etiopía, los dos grandes interrogantes son los siguientes: cómo el país podrá relanzar sus parques industriales después de los golpes de la guerra y la pandemia y cómo la electricidad de la Gran Presa del Renacimiento Etíope contribuirá al desarrollo de esas industrias. Tras un periodo de crecimiento liderado por la apuesta por las infraestructuras y por un sector privado conducido y apoyado desde el Estado, el plan de ajuste pondrá énfasis en la privatización y la atracción de inversores extranjeros. El tiempo dirá si estos tienen la capacidad de transferir tecnología y ayudar a Etiopía a subir en la escala de valor o si, al contrario, se convierten en actores rentistas que aprovechan situaciones de poder de mercado para fijar precios y repatriar beneficios. La estabilidad de Etiopía, con enfrentamientos potenciales con Tigré y Eritrea, será el otro gran factor que permitirá o bloqueará cualquier posibilidad de éxito económico. En el momento de la redacción de este artículo, las tensiones entre estos territorios van al alza. Adís Abeba prioriza el control total sobre su territorio sin contestación interna —contra Tigré— y la salida al mar natural, contra sus países vecinos. Las potencias del Golfo y Egipto miran con atención este choque, con un ojo puesto en la resolución de la guerra civil de Sudán y el otro puesto en el mar Rojo. El aumento de precios de la gasolina y la escasez de combustible, provocada por el conflicto en Irán, complican aún más la situación a corto plazo para el gigante del Cuerno de África: 132 millones de personas viven en el país y de las decisiones del Gobierno dependerá en buena parte la estabilidad tanto de Etiopía como de sus vecinos.

China: la nueva financiación de una economía emergente

La transformación económica de China empezó, intelectualmente, con una historia sobre dos gatos enunciada durante los años sesenta (Zheng y Sun, 2011). Deng Xiaoping pasó un periodo de marginación y ostracismo en los años más duros del maoísmo, pero siguió defendiendo esta teoría cuando se convirtió en el líder supremo de China en 1978. Tras el fracaso económico del Gran Salto Adelante y unos años de turbulencias políticas internas, Deng Xiaoping anunció su pragmatismo con la siguiente frase: «No importa si el gato es blanco o negro; si caza ratones es un buen gato». De esta manera, Deng anunciaba que las instituciones políticas —en este caso, el Partido Comunista de China— podían usar herramientas de la economía de mercado para lograr el desarrollo económico de China. Esas ideas, antes de su llegada al poder, habían sido prácticamente un sacrilegio durante los años de economía planificada.

Deng lideró la República Popular China entre 1978 y 1989, pero sus ideas fueron legadas a los siguientes líderes del país. Fue el inicio de una política que convirtió a China en la segunda economía del mundo con su «socialismo de mercado», una mezcla entre la economía de mercado —con zonas económicas especiales con bajos impuestos y mano de obra barata disponibles para las empresas extranjeras— y la tutela —o la participación directa— del Estado en los sectores más importantes de la economía. El ejemplo chino ha despertado fascinación en todo el continente africano, donde abundan las comparaciones sobre el estado de la economía china cuando la mayoría de países del continente accedieron a la independencia. En los años sesenta, el PIB per cápita de Kenia (100 dólares per cápita) estaba por encima del de China (89 dólares per cápita). El país asiático estaba ligeramente por encima de países que accedieron a la independencia, como Somalia (62 dólares per cápita), o de otros que nunca fueron colonizados, como Etiopía (75 dólares per cápita) (Banco Mundial, s. f.).

En 2024, la idea de que un somalí tenga el 70 % del PIB per cápita de un chino es cada vez más lejana: el PIB per cápita chino es de más de 13 000 dólares anuales y multiplica per veinte el de un somalí, por once el de un etíope y por seis el de un keniano. El éxito exportador de China es notorio y lleva años despertando suspicacias entre sus socios occidentales: cuando China entró a la Organización Mundial del Comercio a principios de la década de 2000, las empresas norteamericanas y europeas veían a China como un mercado emergente donde poder vender sus mercancías. El paso de los años les

generó un problema inesperado: el mercado chino tenía cada vez más productos chinos. Además, estos eran tan baratos que la situación se había girado: hoy son las empresas chinas las que cada vez ocupan más los mercados europeos y americanos, y no solamente con ropa barata o productos de bajo valor, sino con baterías, paneles solares, coches eléctricos y manufacturas de todo tipo.

El aumento de la influencia global de Pekín, junto con su confrontación económica —a veces victoriosa— con Occidente, son dos de los factores que más interés han generado en África oriental. Los líderes de países como Yibuti, Etiopía, Eritrea o Kenia han pasado las últimas dos décadas intentando moverse en una dirección: aprovechar las oportunidades económicas brindadas por el auge de Pekín. La idea de los gatos de Deng Xiaoping, implantada en la gobernanza económica china, era especialmente atractiva para países que pasaron los años de la Guerra Fría bajo regímenes alineados con Washington o con Moscú. A veces, incluso, bailando de forma discontinua con ambos.

En el caso de Etiopía y Somalia, adversarios históricos por el control de la región del Ogaden —de población somalí, pero parte de Etiopía—, el conflicto por esta región implicó que el régimen socialista de Siad Barre se acercara a Washington a principios de los ochenta. Etiopía estaba gobernada por un régimen socialista liderado por Haile Mengistu Mariam, quien, apoyado por la URSS, se impuso a los somalíes en la batalla por el Ogaden. Mengistu había llegado al poder en 1974, deponiendo al emperador Haile Selassie, quien había mantenido una política proestadounidense durante su mandato, llegando, incluso, a mandar soldados etíopes a la guerra de Corea en 1953 (Korean War Memorials, s. f.). Sintiendo que este cambio de carcasa ideológica raramente había dado resultados obvios —los regímenes somalí y etíope no sobrevivieron al fin de la Guerra Fría—, la aparición de un actor pragmático que se movía con flexibilidad fue vista por los africanos de todo el continente, incluida la zona oriental, como una gran oportunidad. Los años noventa, con Estados Unidos como única potencia de un mundo unipolar, dejaron la financiación de los Estados de la región en manos del FMI y el Banco Mundial, con sus planes de ajuste estructural. El auge de China a principios de la década de 2000 abrió otra puerta a la financiación, que de esta manera pudo diversificarse.

Para muchos países, los préstamos chinos significaron salir de la tutela económica occidental y estaban dispuestos a aprovecharlo. Según la Universidad de Boston (Global Development Policy Center, s. f.), entre los años 2000 y 2023 China prestó, a través de

sus bancos e instituciones, 182 000 millones de dólares al continente africano. De estos, 14 500 millones llegaron a Etiopía, 9600 millones a Kenia, 1600 millones a Yibuti y 732 a Eritrea. Estos préstamos se dedicaron a proyectos que, en la mayoría de los casos, fueron construidos por empresas chinas. El transporte y la energía fueron los principales focos de estas inversiones, que se solapan entre ellas y buscan favorecer la integración regional. Por ejemplo, el tren entre Etiopía y Yibuti busca generar una salida al mar a Etiopía, que de otra manera tendría una ruta más complicada para exportar sus manufacturas. La infraestructura para conectar la producción eléctrica de la Gran Presa del Renacimiento Etíope con la capital, Adís Abeba, contó con un préstamo de 1000 millones de dólares de la State Grid Corporation of China.

El *boom* de las inversiones chinas en África oriental se produjo, especialmente, a raíz de la puesta en marcha de la Nueva Ruta de la Seda en 2013. Tras la adhesión de Somalia en 2015, el resto de países de la región oriental ya forman parte de la Nueva Ruta de la Seda. Este proyecto pretende redibujar las rutas comerciales globales, con China como nuevo centro exportador de mercancías y alta tecnología por todo el mundo. Estas rutas, favorecidas por una red de carreteras, puertos y ferrocarriles, facilitaban a los países africanos un nuevo mercado donde vender sus mercancías. En muchos casos, eran los capitales chinos los que deslocalizaban su producción en China rumbo a otros socios de la Nueva Ruta de la Seda. De esta manera, China replicaría en otros países lo que en su momento Occidente hizo con China: aprovechar las reservas de mano de obra barata de otros países para enviar a sus industrias de bajo valor añadido a producir allí. De esta manera, podrían seguir abasteciendo a su población con productos baratos, a medida que la economía china se iba centrando en otros sectores con un valor añadido más alto. En el Cuerno de África, Etiopía fue el caso más obvio con la industria textil y la inversión en Yibuti —el puerto de salida— es la consecuencia de ese plan. En el resto de África oriental, en Kenia, 3600 millones de dólares se destinaron a conectar Nairobi, la capital, con Mombasa, la salida al mar del país.

Los resultados del dinamismo en las relaciones de los países de la región con Pekín están a la vista observando sus balanzas comerciales (Observatory of Economic Complexity, s. f.). En Etiopía, Eritrea, Kenia y Yibuti, el primer país de origen de los productos importados es China. En el caso que es la excepción —Somalia—, China se encuentra en segundo lugar, por detrás del *hub* comercial que es Emiratos Árabes

Unidos, que también comercializa productos hechos en China. Los productos importados suelen ser productos manufacturados, bienes de consumo y maquinaria. En el campo de las exportaciones, las destinaciones están más diversificadas: Somalia vende sobre todo a países de Oriente Medio; Yibuti, a su vecina Etiopía, y Etiopía, a Estados Unidos, China y Emiratos Árabes Unidos. En Kenia, China no se encuentra entre los cuatro primeros clasificados y solamente Eritrea muestra una clara dependencia del mercado chino, donde vende dos tercios de sus productos.

Estos vínculos comerciales generan, en consecuencia, un déficit comercial para todos los países africanos implicados: compran en China más de lo que venden a China. Por la naturaleza de los productos implicados —venden materias primas baratas y compran productos manufacturados—, este intercambio sigue sin resolver los problemas estructurales de la parte africana de la relación. Según los datos de la aduana china, en 2025 (General Administrations of Customs of the People's Republic of China, s. f.), por cada dólar que los países del Cuerno de África vendieron a China, China vendió 5,6 dólares en productos en los mercados de estos países africanos.

La promesa de cambiar el patrón comercial a través de la tecnología y la maquinaria sigue pendiente, pero las numerosas infraestructuras existentes son un paso en la buena dirección: no hay industria y bienestar económico en países energéticamente pobres. El aumento de la producción eléctrica, especialmente en Kenia y Etiopía, pone los mimbres necesarios para mejorar la situación en los próximos años en África oriental y en el Cuerno de África. Etiopía, en 2023, produjo 18,22 TWh de electricidad, multiplicando por once su generación en el año 2000. Prácticamente la totalidad (96 %) de esta producción fue de origen hidroeléctrico y el funcionamiento de la Gran Presa del Renacimiento Etíope acentuará esta tendencia en los próximos años. En Kenia, que partía de una base más alta, el crecimiento no ha sido tan pronunciado como en Etiopía, pero la transformación ha sido notable en lo que respecta al origen de la electricidad. En 2023, produjo 12,8 TWh de electricidad y un 80 % fue a través de fuentes renovables (Ember Energy, 2026). Con todo, un dato muestra el abismo existente entre los países de la región y un país como España: la producción total del Cuerno de África y Kenia (204 millones de habitantes) fue en 2023 de 32,07 TWh, apenas la mitad de lo que España (49 millones de habitantes) produjo solamente en electricidad de origen eólico.

La construcción de infraestructuras abrirá oportunidades en el futuro, pero, a corto plazo, ha generado una deuda que deberá pagarse. Somalia ha recibido recientemente una cancelación de la mayoría de su deuda y apenas tiene créditos con China. Es la excepción de la regla regional. En Yibuti, el país que sirve como punto de entrada y salida de mercancías desde Etiopía, la mitad de la deuda está en manos de acreedores chinos. En Etiopía y Kenia, el volumen de dinero debido a China respecto al total es del 21 % y el 13 % respectivamente (World Bank Group, s. f.).

En lo que respecta a la financiación externa, se puede observar la existencia de tres grupos en la región. El primero, formado por Somalia y Eritrea, pide préstamos sobre todo a organismos multilaterales —en el caso eritreo— o a una mezcla casi equitativa entre multilaterales y bilaterales, en el caso somalí. Los prestamistas multilaterales, formados por grupos de países reunidos en una institución —como el FMI, el Banco Mundial o el Banco Islámico de Desarrollo, por ejemplo—, suelen ofrecer créditos blandos a tipos de interés bajos. Al dar créditos de larga duración, suelen ser los más adecuados para las fases de desarrollo de países empobrecidos. Como principal desventaja presentan una pérdida de soberanía económica: a cambio de recibir el dinero, el país debe cumplir con una serie de ajustes y peticiones del organismo. Los bilaterales, con tipos de interés mayores, son más susceptibles a relaciones de intercambio e interés basados en las necesidades del país que presta el dinero. En Somalia, los bilaterales son especialmente monarquías del Golfo; en Eritrea, los préstamos bilaterales proceden de la antigua metrópoli, Italia.

El segundo grupo está formado por Yibuti, donde los préstamos bilaterales (67 %) doblan los préstamos multilaterales (33 %). Como se ha indicado anteriormente, la mayoría de los préstamos proceden de China, seguida de Kuwait. El tercer grupo lo forma Etiopía, la gran economía del Cuerno de África, que ha contado con acceso al mercado privado a la hora de pedir préstamos. Pedir préstamos al sector privado, ya sea a través de eurobonos o de créditos con la banca comercial, suele ser percibido como un paso decisivo en el desarrollo económico de un país.

Si los préstamos multilaterales son para países con pocas opciones y los bilaterales son relaciones transaccionales con otro Estado, los eurobonos son vistos como el acceso más directo al mercado global. No tienen ningún tipo de condición ni requieren al Gobierno en cuestión hacer cambios o reformas en su economía. Basta con convencer

a los inversores del potencial de la economía nacional. Como contrapartida, tienen unos tipos de interés muy elevados. Etiopía es el único país del Cuerno de África que lo consiguió: al igual que otros países africanos, la bajada de tipos de interés tras la crisis de 2008 estimuló los préstamos a los considerados «mercados emergentes» a tipos de interés que superaban el 6 %, en un momento en el que Europa y Estados Unidos tenían los tipos entre el 0 % y el 1 %.

Tras la pandemia de 2020, todos los países de la región se han vuelto a encontrar en la casilla de salida. Independientemente de su nivel de desarrollo o de la diversificación de sus fuentes de crédito, todos tuvieron escasez de dólares y —con la excepción de Eritrea— pidieron dinero al FMI para resolver sus problemas de liquidez. Tanto China como los acreedores privados se mostraban reacios a conceder nuevos créditos y el FMI se convirtió de nuevo en la última ventana de financiación disponible. Somalia y Etiopía se encuentran en programas en vigor hasta 2026 y 2028, respectivamente. Yibuti tuvo un programa tras la pandemia y no tiene programas en vigor. Aunque sus pagos del servicio de la deuda respecto a sus exportaciones son bajos —rondan el 3 % (World Bank Group, 2025)—, Yibuti vive como un riesgo tanto el conflicto en Irán como un posible auge de Somalilandia: dos disrupciones para su rol como punto de importación y exportación de mercancías hacia y desde el Cuerno de África. China ha abierto nuevas vías de financiación alternativas a las tradicionales para los países de la región, pero el mundo de las finanzas sigue dominado, en momentos de crisis, por las instituciones de Bretton Woods. El FMI tiene un capital trece veces mayor (1,3 billones de dólares) (Fondo Monetario Internacional, s. f.) que el del New Development Bank (100 000 millones de dólares) (New Development Bank, s. f.), el banco de los BRICS que quiere convertirse en un referente para las economías emergentes. Es, quizá, el mejor resumen de un mundo nuevo que se anuncia, pero que aún no ha acabado de llegar. Mientras intentan navegar para conseguir financiación, algunos países ya han encontrado una forma de inyectar dólares a su economía: «exportar» su gente a países donde puedan conseguir sueldos más altos y que manden una parte del dinero de vuelta a casa.

La diáspora, el país de los migrantes

Para los somalíes, la aparición de la diáspora ha sido un mecanismo de supervivencia. Más allá de la migración por necesidades económicas, muchos de ellos han tenido que abandonar el país a raíz de la desaparición *de facto* de su Estado a principios de los años noventa. Tal y como recuerda Mohamed Muhamud en *Somali Sideways*, un libro sobre la diáspora somalí, los somalís han viajado por el mundo durante siglos. Sin embargo, la historia moderna de la diáspora somalí está ligada a lo que los somalíes conocen como «Burburka», la destrucción del Estado después de una década convulsa. A medida que grupos insurgentes iban ganando terreno al Gobierno central, y tras una fallida intervención de Estados Unidos, Somalia se convirtió en terreno fértil para grupos armados, señores de la guerra y, finalmente, grupos islamistas. «A principios de los 90, cuando la guerra empezó, la diáspora global somalí era de menos de un millón de personas –con estimaciones alrededor de las 850 000. En 2015, esta cifra había crecido hasta los dos millones», explica Muhamud (2024).

Esta diáspora se sitúa en destinos en América del Norte, Europa y Oriente Medio, con un énfasis especial en países de Escandinavia, por su política de acogida de refugiados. Además, Kenia, el país vecino de Somalia, cuenta con una comunidad numerosa en Eastleigh. En toda África oriental —y en toda África—, esas remesas suelen paliar la falta de servicios ofrecidos por los Estados, pero en Somalia ese flujo es aún más vital: ese dinero debe sustituir a un Estado prácticamente inexistente desde hace más de treinta años, tal y como recuerda Mohamud:

> «La falta de un estado ha obligado a los somalíes que viven en el extranjero a convertirse en la red de seguridad social de sus familiares y amigos en su país de origen. Este compromiso compartido refleja una fuerte promesa dentro de la estructura estrechamente unida de la sociedad somalí, donde, a pesar de las distancias físicas que los separan, los lazos familiares y comunitarios siguen siendo sólidos».

En 2024, las remesas oficiales fueron de 1200 millones de dólares, el 17 % del PIB somalí. Entre los negocios de los somalíes en la diáspora, más allá de las inversiones en el sector inmobiliario, el comercio o la distribución de alimentos, se encuentran

precisamente las aplicaciones para enviar remesas a casa de forma sencilla y asequible (Featherstone, 2017).

Tanto en Etiopía como en Somalia, una parte de las remesas transcurren a través de sistemas informales, como el *hawala*, que permiten sortear los altos costes de estas transacciones. En Etiopía, aunque el volumen de 2024 es más discreto —unos 500 millones de dólares—, sigue siendo una de las principales fuentes de ingresos del país, por detrás del café y el oro. En 2015, cuando el Fondo Monetario Internacional (2015) medía la sostenibilidad de la deuda etíope, el organismo utilizaba las remesas como uno de los factores importantes a la hora de valorar la capacidad de pago del Estado. En Yibuti, las remesas fueron de 56 millones de dólares en 2024 y para Eritrea no hay datos oficiales disponibles en el Banco Mundial.

En todos los países de la región las remesas han servido, hasta ahora, como parachoques ante las crisis y los *shocks* externos. Tal y como se ha indicado anteriormente, los lazos familiares y afectivos con los migrantes convierten estos flujos en «contracíclicos», a veces incluso contra el sentido de la economía en la que trabajan los migrantes. Durante la pandemia del COVID-19, cuando muchas economías cerraron, la expectativa lógica era esperar una caída de las remesas: los trabajadores, si perdían el empleo o veían sus ingresos reducidos, deberían enviar menos dinero. De hecho, algunos de ellos trabajan en los eslabones más precarios de los países en los que viven. Sin embargo, todos ellos desafiaron esa intuición: entre 2020 y 2021, los flujos de remesas aumentaron. Vista la regularidad de estos flujos, una pregunta queda en el aire: ¿Y si estas remesas pudieran servir para comprar bonos de la diáspora y garantizar una financiación más asequible a sus países de origen? Los gastos en intereses de la deuda, como se verá a continuación, son una de las grandes preocupaciones en algunos países de la región.

El baile de las monedas: deuda, dólar y efecto llamada

En diciembre de 2023, Somalia logró un balón de oxígeno para la economía del país. Tras cumplir los parámetros exigidos a los HIPC (siglas en inglés de «países pobres altamente endeudados»), Somalia logró una cancelación de deuda que implicará un ahorro de 4500 millones de dólares (Fondo Monetario Internacional, 2023). Tras el

anuncio, el FMI anunciaba en su web que este paso permitiría que la deuda externa pasara a representar del 64 % del PIB somalí de 2018 al 6 % del PIB de 2023. El alivio de la deuda, según esta misma institución, «facilitará el acceso a recursos vitales que ayudarán a Somalia a reforzar su economía, reducir la pobreza y promover la creación de empleos».

En diciembre de 2025, a través de una carta enviada a la directora del FMI (2025), Kristalina Georgieva, el ministro de finanzas somalí Bihi Iman Egeh y el gobernador del Banco Central de Somalia, Abdirahman Abdullahi, ponían encima de la mesa una situación menos positiva: la reducción de flujos de ayuda internacional ha puesto en peligro algunos programas de ayuda humanitaria dirigida a la población somalí. Los responsables de las finanzas públicas somalíes añadían que, pese al progreso conseguido a partir de la reducción de la deuda, el país no estaba creando suficientes empleos para sus jóvenes. Los problemas económicos se multiplicaban, en parte, por los riesgos del cambio climático y por la situación de inseguridad debida a la actividad de la milicia Al-Shabab en el país. Según las proyecciones del FMI, el déficit comercial en mercancías del país rondará los 7000 millones de dólares en 2026 y seguirá aumentando hasta superar los 9000 millones de dólares en 2030. La mitad de las exportaciones son de ganado y el país tendrá dificultades para diversificar sus fuentes de ingresos mientras no pueda controlar todo su territorio.

Para los países de la región, la acumulación de deuda es una consecuencia directa de economías centradas en la exportación de materias primas que, en la mayoría de los casos, quedan sin procesar. Para Etiopía es especialmente importante la situación de Kenia, en África oriental, ya que ambos países compiten para exportar café a países como Suiza, que después, una vez procesado, vende este café por un precio que, según Comtrade, llega a multiplicar por seis el coste de la materia prima. Cuando los materiales se importan de vuelta, más caros, esto genera un déficit que se suple pidiendo dinero prestado.

La década entre 2010 y 2020 significó un aumento considerable del *stock* de deuda en todos los países de la región: colectivamente pasaron de 21 000 millones de dólares a superar los 78 000 millones de dólares. Eritrea y Yibuti tienen poco peso y, en el primer caso, poco acceso a los mercados internacionales por su aislamiento político. Somalia vio su deuda reducida y los grandes *stocks* de deuda se concentran entre Etiopía y Kenia,

que cargarán con pagos crecientes de deuda hasta 2032. Etiopía ya reestructuró una parte de su deuda; Kenia ha pedido nuevos créditos al 10 % y resuelve el problema temporalmente o lo pospone para afrontarlo más adelante (gráfico 2). En 2024, dedicó el 27 % de sus exportaciones al servicio de la deuda y los pagos seguirán siendo elevados hasta 2030. Cualquier reducción —en volumen o precio— de sus exportaciones generará turbulencias en la economía keniana y tendrá reverberaciones que llegarán al Cuerno de África: por ejemplo, si los somalíes que viven en Kenia pierden su trabajo o son expulsados del país o si los etíopes pierden cuota de mercado para su café porque los kenianos lo venden más barato.



El problema de la financiación es un pez que se muerde la cola. Los Estados con un nivel más alto de desarrollo económico de la región pueden acceder al mercado privado, pero pagan tipos de interés que se comen una parte creciente del presupuesto, una vez la economía ha mostrado que sigue atrapada en actividades de bajo valor añadido. Para volver a la casilla de salida, devalúan el valor de sus monedas —abaratan su mano de obra y sus productos— para intentar seguir compitiendo en el mercado internacional, vendiendo materias primas que generan riqueza en el exterior una vez transformadas.

Al tener un déficit comercial, se endeudan de nuevo, una vez han conseguido acceso de nuevo al mercado privado, tras hacer reformas con el apoyo de organismos multilaterales. Por el camino, sus poblaciones no esperan: cada devaluación de la moneda incentiva las migraciones. Cada devaluación refuerza esta realidad: si alguien de Yibuti, Eritrea, Somalia o Etiopía cobra su sueldo en dólares, euros o libras, su dinero valdrá mucho más en la divisa de su país de origen. Eso disparará las migraciones: ya sean inducidas desde el Estado o sin invitación previa, como los migrantes clandestinos que intentan llegar a Europa o a Oriente Medio.

Estos movimientos migratorios, que habitualmente se leen desde los países del norte como un peligro, albergan una solución potencialmente satisfactoria tanto para los países emisores como para los receptores de migrantes. Una oportunidad compartida por el sistema financiero y los Estados implicados es la de captar los flujos de remesas que ahora mismo no están declarados. Otra es abaratar los costes de las transferencias, que en África se encuentran entre los más altos del mundo. Quien sea capaz de lograrlo captará un volumen de negocio al alza. La opción de captar una parte del dinero de la diáspora, para los Estados implicados, tiene el potencial de reducir tanto los préstamos como los intereses de estos. Solo en intereses pagados a los inversores privados entre 2013 y 2032, Kenia y Etiopía gastarán 10 000 millones de dólares. Reinvirtiendo este dinero en manufacturar café o en proveer electricidad a sus habitantes, ambos países generarían sinergias económicas positivas —mayor producción agrícola, más empleo, menos gasto en importaciones de alimentos— que acabarían repercutiendo positivamente en sus poblaciones y en todos los países vecinos tanto en el Cuerno de África como en África oriental. Etiopía, con su presa hidroeléctrica, es el ejemplo más claro de lo que se puede conseguir movilizando este capital. Paradójicamente, son los migrantes quienes pueden generar oportunidades para sus países de origen, precisamente donde a ellos se les negaron.

Conclusión

A finales de marzo, la escalada en Irán ha puesto de relieve la interconexión creciente de nuestras sociedades. Aquello que pasa a miles de kilómetros se traduce en incrementos de precio casi instantáneos en gasolineras, supermercados y comercios de

todo el mundo. Todos los territorios son, hasta cierto punto, emisores y receptores de señales que se transmiten, especialmente, a través de la economía. El Cuerno de África no es ajeno a esta realidad. Mientras se escriben estas líneas, las exportaciones de ganado desde Somalia han recibido un golpe importante: la inestabilidad en Oriente Medio, donde se encuentran sus principales compradores, ha reducido el volumen de ventas somalíes.

Todos los países de la región necesitan una vuelta de la paz, por motivos distintos. Yibuti, para poder seguir siendo un lugar donde las mercancías circulan sin problemas ni fricciones: si los volúmenes de importación y exportación desde la región se reducen, su modelo de negocio se verá afectado. Somalia, para hacer frente a la multiplicidad de retos que tiene por delante: un clima más seco, la falta de seguridad, una posible ruptura de una parte del Estado. Lo hace con el «papel en blanco» que significa la reducción de su deuda. Somalilandia es el único territorio que vive las sacudidas geopolíticas como una oportunidad: tras tres décadas trabajando para construir un Estado, le ha llegado su primer reconocimiento, el de Israel, y espera poder traducir su importancia en un estatus estatal finalmente reconocido por muchos más países. El auge de la violencia, sin embargo, es un arma de doble filo: ganar estatus puede implicar acabar formando parte de un conflicto a gran escala que desbarate toda la estrategia de Somalilandia, cuya principal baza ha sido, precisamente, la paz dentro de su territorio.

Eritrea y Etiopía, enfrentadas desde hace seis décadas —primero en una guerra de independencia de treinta años (1961-1991), después en escaramuzas no resueltas por sus límites territoriales y su espacio de influencia—, ven la escalada en Irán mientras ambos territorios reviven la escalada bélica que sacudió el Tigré entre 2020 y 2022. Las contradicciones económicas en ambos territorios, de nuevo, pueden tener lecturas completamente opuestas: pueden ser el incentivo para impulsar un conflicto con raíces nacionalistas, pero también una llamada a la contención para priorizar resolver los problemas internos. Las decisiones de Etiopía, que se recupera de un golpe económico y espera revivir su economía, influirán a todo el Cuerno de África. Adís Abeba se enfoca en lograr una salida al mar para revigorizar su crecimiento económico. La respuesta a esa necesidad, junto con la acción de la Gran Presa del Renacimiento Etíope, marcará el futuro del Cuerno de África. Para el lector español o europeo, puede parecer una

cuestión arcana y lejana, pero tal y como ya está mostrando el mundo en la primavera de 2026, ignorarla es un riesgo que no se podrá permitir.

*Jaume Portell Caño**

Periodista freelance especializado en economía y relaciones internacionales